



**Memorias de mi**  
*Eterna llamarada*

Antonio García Velasco

ediciones  
del Genal

## Preámbulo

Mi contacto con aquellos extraños seres fue a propósito del éxito de mi libro de poemas *Eterna llamada*. ¿Se hizo tan popular por los premios ganados o recibió tantos premios por su popularidad? ¿Se debió tal popularidad a la televisión, donde aparecí, en un programa de cotilleo, para dar cuenta de mis problemas del momento? ¿El libro es realmente bueno? ¿Me conocieron y se interesaron por mi libro debido al interés general que despertó mi caso? ¿Qué vieron en él para venir a buscarme? ¿Fue la crítica literaria la causante del interés que el libro les suscitó? ¿Fueron mis declaraciones en la televisión? El hecho de que yo dijera que “*el Ángel de Yabvé vino de nuevo a la mujer*”, considerada estéril, y nació un ser dotado de cualidades sobrehumanas y eternamente enamorado, ¿fue el motivo de que vinieran a buscarme? Son demasiadas preguntas para responder antes de relatar el proceso de la escritura, el desarrollo de los diferentes poemas del libro y las vivencias que condicionaron mi obra.

De cualquier forma, aunque implícitamente responda a las anteriores preguntas, estas memorias sólo pretenden informar del proceso de escritura de *Eterna llamada*, de algunas de las causas y consecuencias de las vivencias relacionadas con la misma. Servirán también para evidenciar, aunque ahora, a posteriori, resulte inútil, que la sabiduría que aquellos seres me atribuyeron fue mera fantasía suya, una quimera que ellos se fabricaron, equivocadamente, para justificar el secuestro al que me sometieron y, acaso, su “manipulación” para conseguir mi participación más o menos voluntaria en sus proyectos. No pretendo convencer a nadie de la certeza de mi encuentro con ellos, de las historias que me revelaron o de mis relaciones íntimas con DDhanna. Es más, puede, incluso, que mis confesiones me perjudiquen aún más que la exhibición de los vídeos que, por venganza y perversas intenciones, colgaron en la Red, de la mano del hacker Víctor. Pero necesito la exposición pública de esta increíble serie de vivencias. Como preciso el perdón de todas aquellas personas a quienes he podido o pueda ofender.

He de añadir que, por supuesto, he cambiado los nombres y perfiles de los hombres y las mujeres de quienes hablo, preservando su intimidad y el derecho a su propia imagen. No obstante, los nombres relacionados con “los extraños seres” y sus historias son los mismos que ellos emplearon, si bien me permito la relación con personajes, mitos, leyendas y relatos tomados por históricos y conocidos como tales. Ignoro si acierto en este extremo.

Añado también, que no solamente doy cuenta del proceso de escritura de mi libro *Eterna llamada*, sino también de mi vida de eterno enamorado de toda bella mujer: entre el personaje de mi libro y yo existió un paralelismo que mejor no recordar. Por esto, quizás, tendría que hablar de *Constante llamada*, pues el amor no acabará nunca... El lector y la lectora juzgarán la conveniencia de un título u otro, así como de la escritura misma de estas

memorias.

## Uno

Conseguí el título de licenciado en Medicina y fracasé en cuantos intentos llevé a término para ingresar en la sanidad pública. Como solución a aquella constante invitación al paro, hice unos cursillos de Naturopatía y planté consulta de brujo. Durante el tiempo anterior al éxito de mi poemario, no tuve la necesidad de ampliar el local y contratar a solícitas enfermeras (repcionistas) que llevaran el control de las visitas. Pero me defendía y aun me quedaba tiempo para escribir, que siempre tuve el prurito de la poesía y la narración.

Se podría decir que mi libro empezó el día en el que llegó a la consulta una señora con un aparente problema de esterilidad. Llevaba varios años casada y todos los intentos de concepción resultaron frustrados. No habían sabido (o no habían querido) decirles si la causa estaba en su marido o en ella. “Él, dijo, se ha resignado. Argumenta que los hijos son un problema, que los tiempos son muy difíciles, que es tonto criar un hijo para que después se lo lleve la droga, la desesperación de una vida difícil, el fracaso en los estudios, en la profesión o en las relaciones amorosas... Pero yo no me resigno, doctor, no me resigno. ¿Dígame qué puedo hacer? He acudido a usted cuando ya no encuentro solución más que en el artificio de la inseminación in vitro, pero mi marido se niega y yo me resisto al procedimiento. Aparte de que no me lo garantizan... ¿Qué puedo hacer, doctor?”.

Yo estaba obnubilado mirándola. Mostraba su mejor momento, treinta y pocos años, con la perfección de la mujer hecha, con la belleza justa, con la atracción precisa. Me fascinaba. La miré fijamente a los ojos, hasta que ella bajó la mirada: “Tu problema, anuncié con seguridad, tiene solución”, y no dejé de mirarla. Guardamos silencio.

-Eres una mujer muy hermosa y tus ojos me dicen que no eres estéril.

-Algunos de la familia me tienen por mujer maldita. Los que mejor me quieren aseguran que me hicieron mal de ojo. Estoy desesperada.

Le cogí la mano. La invité a levantarse. Salimos de la mesa que nos separaba y, sin dejar de mirarla, y admirarla, con la mano entre mis dedos, me acerqué hasta sentir su aliento: “¡Hermosa mujer!”, exclamé. Le palpé los hombros y, poco a poco, deslicé mis manos hacia sus pechos: “Tengo la solución, porque tú no eres estéril”. Y mi atracción tuvo que contagiarla, o la magia de la

esperanza que había puesto en mis artes de naturista... O la precisión y suave voluptuosidad de mis caricias. Un beso fue el comienzo del remedio a su problema.

Conseguí llevar a término un examen profundo, exhaustivo, con todo mi ser, casi sin palabras, con recíprocas muestras de pasión y entrega.

-Cuidate -le dije como receta-. Tan sólo debes tomar una infusión en ayunas de estas yerbas que te voy a dar. Y no bebas, no fumes, no comas grasas ni fritos. Vuelve cuando quieras: tendrás siempre mi admiración y mi afecto. Pero vendrás con la nueva de tu embarazo.

Volvió, en efecto. Y me dijo cosas maravillosas que guardo como un tesoro en mi corazón: “Me consideraban estéril y maldita. Pero ni estéril, ni maldita soy. Lo intentamos muchas veces mi marido y yo. Mi esposo se consoló y aceptó la situación. Yo seguía en mi duda. Y has venido tú, que momentáneamente me ciegas con tu mirada, me seduces con tus encantos de hombre atractivo y me haces caer en tus brazos entregada a la pasión y a la esperanza. Fue imposible resistirse al fuego de tus ojos, a la fuerza acariciante de tu hombría, a tu seguridad al anunciarme que no era estéril... Y ya siento el pulso de otra vida en mis entrañas. Me has devuelto la ilusión, la fe, la alegría de vivir. Oh, doctor, acepto tus consejos: no beberé más los licores con los que pretendía consolar mis horas de soledad y de sueños maternales frustrados. Cuidaré mi alimentación y nada haré que pueda dañar al hijo que se forma en mi vientre. Gracias, gracias, gracias”.

Por aquellas fechas, como en otras ocasiones de mi juventud, antes de mi agnosticismo actual, cuando militaba en un grupo cristiano, abrí la Biblia, *Jueces XIII*: “*Los israelitas recaen en la idolatría y son dominados por los filisteos. Nacimiento de Sansón anunciado por un ángel; circunstancias muy notables*”. A la mujer de Manué, de Saraa, de la tribu de Dan, que era estéril se le apareció un ángel del Señor, y le dijo: “Tú eres estéril y sin hijos; pero concebirás y parirás un hijo”. Desde ahí al paralelismo con la historia de mi hermosa paciente no había más que la decisión de reconocerlo y aceptarlo. Continué la lectura y me dio por imaginar una historia de amor, cuyo protagonista sería aquel hijo anunciado por el ángel, o el hombre ángel, o el ser magnífico extraterrestre confundido con un ángel. Aquel hijo se llamaría Sansón, singular en su porte varonil y en su fuerza extraordinaria y por las mujeres que amó, hasta llegar a Dalila. Su vida transcurriría en época de filisteos dominadores e israelitas dominados. El libro se llamaría *Eterna llamada*, pero no sería una novela, sino un poema, o serie de poemas, de carácter épico-lírico. Presentaría el amor como más fuerte que doctrinas, intereses o dioses... Me ilusionó la idea y el episodio bíblico pasó a convertirse en el hilo conductor, si bien habría de añadirle los ingredientes de mi propia experiencia amorosa y vital.

Una vez terminado y repasado y corregido y vuelta a nueva depuración,

presenté el libro al editor, que decidió publicarlo. Y tuvo éxito y recibió premios. Contribuirían a ello los escándalos que asediaban mi vida en aquellos días o los debates en la televisión sobre las circunstancias que, entonces, me martilleaban de mala manera. Pero el éxito del libro fue alucinante. Como sus consecuencias.

Pues, una mañana, en contra de todas mis incredulidades, fui raptado por aquellos individuos de poder extraordinario, que comenzaron a comunicarse conmigo como si yo fuese el autor de un libro que contenía claves ciertas acerca de una información que, con todo el empeño del inmenso cosmos, querían obtener.

Claro que, de momento, el libro estaba muy lejos de su conclusión.

Esta novela de amores, desamores, testimonios de nuestro mundo, secuestros, intrigas... está concebida como un homenaje a la creación literaria. De hecho, asistimos a la transformación en poemas de las vivencias del personaje narrador. Sebastián Requena Villalobos, médico naturista y poeta, nos va contando como los episodios de su vida inspiran los poemas de su libro *Eterna llamarada*. Si el poeta es un fingidor, bien nos lo demuestra el protagonista de esta historia, que, por otra parte, es sorprendente tanto en su desarrollo como en su final inesperado y fabulario.

El personaje dice en la introducción que "*estas memorias sólo pretenden informar del proceso de escritura de Eterna llamarada, de algunas de las causas y consecuencias de las vivencias relacionadas con la misma*". Pero las secuelas de la publicación de su libro van mucho más allá de lo que él mismo podría imaginar.

Hemos de añadir que la lectura de esta obra —irónica, no exenta de humor— nos llevará también a la consideración de que otros mundos son posibles, de que esta sociedad en la que vivimos podría ser muy distinta si la inteligencia humana diera algo más que egoísmos y diferencias sociales.

ediciones  
del Genal



9788410526120